

El derrumbe del Partido Comunista Alemán y las tareas de la Oposición de Izquierda

León Trotsky

9 de abril de 1933

(Tomado de *La lucha contra el fascismo (y anexos)*, segunda edición digital, páginas 373-379 del formato pdf, en nuestra serie *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)* (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales. Este artículo es la prolongación de la discusión interna en la Oposición de Izquierda Internacional.)

El problema de la suerte del comunismo alemán ocupa ahora el centro de atención de todas nuestras secciones. Por lo que se puede colegir, la mayoría de los camaradas tiende a creer que en Alemania hablar de comunismo es hablar de un partido nuevo. Otros, en cambio, consideran que esa forma de plantear el problema es incorrecta y sostienen que debemos mantener la vieja consigna de “reforma” del partido según los cánones leninistas. Esta es la posición de dos camaradas españoles, de dos camaradas alemanes, que representan a sendos grupos, y de un camarada ruso. No me cabe duda de que sus reparos reflejan el estado de ánimo de buena parte de la Oposición de Izquierda. Sería anormal que la necesidad de efectuar un viraje tan importante no suscitara matices y diferendos en nuestras filas. Sería indigno de la Oposición de Izquierda mostrarnos incapaces de discutir de manera fraternal, aunque sin tapujos, las diferencias que surgieron. Semejante polémica no puede redundar sino en un mayor crecimiento de la Oposición de Izquierda y en el fortalecimiento de la democracia interna. En lo que hace a la esencia de las objeciones, no puedo estar de acuerdo con ellas, pero sí comprender sus motivaciones psicológicas. El error de los camaradas mencionados reside en que parten de las fórmulas de ayer, no de los hechos de hoy. Debemos aprender a corregir y reemplazar las fórmulas a la luz de los nuevos hechos.

Durante los tres últimos años nuestros cálculos se basaron en que el PC alemán, bajo la presión de las masas, sería capaz de cambiar oportunamente su política. Si definiéramos con toda precisión nuestro pronóstico de ayer, diríamos: “Todavía no podemos evaluar en qué medida los errores, zigzags y derrotas del pasado han debilitado a la clase obrera alemana ni hasta qué punto el sabotaje de la burocracia estalinista, combinado con la capitulación de la socialdemocracia, logró paralizar las energías del proletariado”. Frecuentemente expresamos nuestra esperanza de que, a medida que se acercaba el peligro fascista, las filas del proletariado se estrecharan y provocaran una capacidad de resistencia que le impidiera a Hitler copar todas las posiciones de un solo golpe. Y cada retroceso en el avance de Hitler, aunque éste ya estuviera en el poder, redundaría inevitablemente en una mayor confianza en las filas obreras. A su vez, el comienzo de la guerra civil provocaría la descomposición en el bando gubernamental y en el propio ejército fascista. Por su parte, las vacilaciones del enemigo incrementarían la fuerza ofensiva del proletariado, etcétera. Tal era la perspectiva dialéctica que nos parecía probable o que, en todo caso, no quedaba excluida. Y en virtud de ello debíamos (era nuestro deber) agotar todas las posibilidades que brindaba la situación de ayer.

Ahora, en cambio, sería una locura dejarnos guiar por una perspectiva que los acontecimientos han superado. Los camaradas españoles preguntan “¿Es posible que unas pocas semanas liquiden la perspectiva de largos meses de guerra civil?” Claro que sí, ya ocurrió. Pocas semanas, inclusive días, lograron destruir la posibilidad de que se produjera esa variante tan favorable con la que contábamos. Hitler se apropió del aparato material

del poder. Sin encontrar la menor resistencia, destruyó el aparato del PC, privó a los obreros alemanes de su prensa y obligó a los reformistas a romper con la Segunda Internacional y someterse al régimen fascista.

El brusco viraje de la situación se revela claramente en el problema del frente único. Proponer en Alemania el frente único de los dos partidos sería una demostración de estupidez doctrinaria. En una época el aparato socialdemócrata estaba atenazado por el yugo del fascismo en avance y la presión de sus propias masas, había que aprovechar esa situación. Ahora, después de la derrota, la socialdemocracia lame las botas de Hitler y ve en ello su único medio de salvación. Si hace dos años a Breitscheid¹ le pareció necesario asustar a la burguesía con un bloque con los comunistas, ahora Wels y Cía. se muestran deseosos de alejarse ostensiblemente no sólo de los comunistas sino también de la Segunda Internacional.

La propuesta del frente único hoy sólo serviría para poner en ridículo al comité central comunista y ayudar a la dirección socialdemócrata. En política no existen las fórmulas absolutas. Las consignas son concretas, es decir, se adecuan a circunstancias específicas. (Por supuesto que lo dicho no excluye, ni siquiera hoy, que las organizaciones comunistas y socialdemócratas hagan acuerdos a nivel de fábrica, distrito, etcétera; tampoco excluye los acuerdos con otros grupos de izquierda que romperán inevitablemente con la socialdemocracia oficial.)

El obrero alemán medio, así como el comunista medio, se siente en la situación de un viajero que ha naufragado. La oleada fascista ahogó sus organizaciones, su prensa, sus esperanzas en un futuro mejor. Los naufragos no piensan en construir un barco nuevo sino en conseguir refugio y un pedazo de pan. La depresión y la indiferencia política son las consecuencias inevitables de tamaña catástrofe. Pero el despertar político de los elementos más resistentes, firmes y valerosos estará inevitablemente ligado a la idea de un barco nuevo.

En cuanto a la caracterización de la situación en que se encuentran las capas más profundas del proletariado alemán, atribuyo extrema importancia al informe de que las células nazis expulsaron y reemplazaron a los viejos comités de fábrica. Esta “reforma” se hizo en forma tan silenciosa que ni siquiera apareció un informe en la prensa extranjera. Pero acá no se trata del consejo editorial de un periódico, ni de la Casa Liebnecht (cuartel general del PC), ni siquiera de un bloque parlamentario; es decir, no se trata de algo que sucede por arriba sino de un hecho que afecta a la propia base del proletariado productor: la fábrica. La falta de resistencia ante la expulsión de los comités de fábrica demuestra una aguda parálisis de la voluntad de las masas, fruto de la traición y el sabotaje de las direcciones.

En el transcurso de los últimos años el PC alemán había llegado a obtener hasta seis millones de votos. Sin embargo, no arrastró a la lucha ni siquiera a cien mil personas. Ni los militantes del partido respondieron al llamado del comité central. Esto basta para demostrar el terrible aislamiento del aparato, que aumentará día a día. A las masas no les interesan los matices y las pequeñeces. Aprehenden los hechos en su totalidad. Es inevitable que le vuelvan la espalda al partido que adormeció su ansiedad con fórmulas huecas, con balandronadas sobre las victorias del mañana, y luego las llevó a la catástrofe.

Las dos o tres semanas de marzo provocaron un cambio radical en la situación del PC, cambio que en épocas “normales” y “pacíficas” no se hubiera producido ni en el transcurso de dos décadas. En general, la época imperialista es una época de virajes

¹ *Rudolph Breitscheid* (1874-1944), Integrante del bloque socialdemócrata del Reichstag, que en 1931 propuso la formación de un bloque SPD-PCA; este último lo rechazó con indignación. En 1933 huyó a Francia, pero fue entregado a la Gestapo por el gobierno de Vichy y murió en el campo de concentración de Buchenwald.

abruptos. Hay que aprender a seguirlos atentamente para no tropezar y romperse la cabeza. No debemos engañarnos; tenemos que comprender la catástrofe en toda su magnitud, claro que no para llorar desconsolados sino para emprender la larga y difícil obra que nos espera, según un plan nuevo y sobre *bases históricas nuevas*.

Casi todos los camaradas que no coinciden con esta evaluación se oponen a trazar una analogía entre el 4 de agosto de 1914 y el 5 de marzo de 1933 pues, vean ustedes, los socialdemócratas traicionaron conscientemente al proletariado y, así, se acercaron al poder; en cambio, los estalinistas “no supieron” defender al proletariado y dieron con sus huesos en la cárcel. La diferencia es, por supuesto, de mucho peso y nada fortuita, pero no debemos exagerar su importancia política. En primer lugar, la mayoría de los socialdemócratas no buscaban, ni siquiera en 1914, hacer carrera sino “salvar” las organizaciones proletarias, así como los dirigentes del PC alemán, que obedecen ciegamente las órdenes de la burocracia moscovita, piensan antes que nada en su aparato. En segundo lugar, si en 1914 la socialdemocracia se acercó a las sedes del poder, en 1933, a pesar de su servilismo y obsecuencia, se acercó a las cárceles. No dudamos de que, en definitiva, será aplastada y hasta tendrá sus Matteottis².

Pero, ¿acaso eso cambia nuestra evaluación de la política reformista?

Lo que repudiamos en el aparato del PC alemán no es su “estupidez” ni su “incapacidad” (para emplear los términos que utilizan, de manera totalmente incorrecta, ciertos camaradas) sino su centrismo burocrático. Se trata de una corriente política específica basada en un estrato social específico, ante todo en la URSS, y adapta su política a las necesidades de dicho estrato. Hasta antes de los últimos acontecimientos, seguía abierto el interrogante acerca de qué factor se impondría en el seno del PC alemán (los intereses de la burocracia estalinista o la lógica de la lucha de clases). Ahora ya hay una respuesta definitiva. Si acontecimientos de tanta magnitud no pudieron corregir la política del PC alemán, eso significa que el centrismo burocrático no tiene salida. Y de allí surge la necesidad de un partido nuevo.

“¡Pero el problema se resuelve a escala internacional!”, exclaman los adversarios, transformando así un pensamiento histórico correcto en una abstracción suprahistórica. El problema de la victoria del proletariado (y no sólo el de su derrota) también se resuelve a escala internacional. No obstante ello, el proletariado ruso, que triunfó en 1917, sigue aguardando a que se produzca la victoria en otros países. Y el proceso opuesto también puede desarrollarse de manera desigual: a la vez que el PC alemán oficial queda políticamente liquidado, en otros países, principalmente en la URSS, el partido no pasó aún por una prueba decisiva. Los acontecimientos se desarrollan sin respetar el tablero de la Comintern.

Pero, ¿acaso la Comintern no es la responsable de la derrota alemana? Decididamente, sí. Sin embargo, en el tribunal de la historia, igual que en un tribunal burgués común, el castigo no recae sobre el principal responsable sino sobre el que cayó preso. Ahora, desgraciadamente, es el aparato del PC alemán el que está cercado por las tenazas de la historia. La aplicación del castigo es verdaderamente “injusta” Pero, en general, la justicia no es uno de los atributos del proceso histórico, y los fallos de ese tribunal son inapelables.

Pero no calumniemos al tribunal de la historia; es mucho más serio que un tribunal burgués. La liquidación del PC alemán es sólo una etapa, y no la última. Si las demás secciones de la Comintern aprenden la lección de Alemania se harán, con toda justicia, acreedoras a un trato indulgente por parte de la historia. En el caso contrario, estarán

² *Giacomo Matteotti* (1885-1924), diputado por los socialistas reformistas en el parlamento italiano, denunció los fraudes electorales y el terrorismo practicado por los fascistas. Los secuaces de Mussolini lo asesinaron en 1924.

condenadas. De esta manera, la marcha de la historia les da tiempo para recapacitar a las demás secciones. Nosotros, los de la Oposición de Izquierda, sólo interpretamos la marcha de los acontecimientos, por eso no rompemos con la Tercera Internacional.

“Pero, ¿cómo podemos construir un partido nuevo en Alemania sin romper con la Comintern?”, preguntan los que, a pesar de todo, querrían obligar a las contradicciones del proceso histórico a ceñirse a los límites de los estatutos formales. Debo admitir que este aspecto de la cuestión me parece el menos importante. Cuando se nos expulsó de la Comintern y nos constituimos en fracción de la misma, el problema de los estatutos no fue muy importante. Para nosotros es una cuestión de línea política, no de teneduría de libros. Por supuesto, si alguna sección de la Comintern logra reconstruirse sobre bases sanas, utilizaremos ese hecho como punto de partida para apurar la reconstrucción de toda la Comintern; en ese caso nuestras relaciones formales también mejorarán enormemente. Si, en cambio, la burocracia estalinista lleva a la URSS a la ruina, nadie se acordará de los estatutos: será necesario construir una cuarta internacional.

Pero volvamos a Alemania. En los primeros días de marzo, el PC Alemán contaba todavía con un aparato centralizado, con decenas de periódicos, con miles de células, con decenas de miles de militantes, con millones de votos. Nos declaramos parte integrante de ese partido y con ello asumimos, ante el mundo exterior, una responsabilidad por el partido en su conjunto; desde luego, no en función del aparato estalinista sino de las células de base. Con la ayuda de éstas esperábamos, antes de la catástrofe, renovar la dirección del partido. Ahora que el aparato oficial, maniatado por el ultimatismo y la clandestinidad, debe transformarse completamente en una agencia estalinista, ni siquiera se puede pensar en influir sobre él a través de un estrato inferior del cual se encuentra totalmente aislado.

La prensa estalinista de todo el mundo habla, por cierto, de la “regeneración” del PC alemán clandestino (*Rote Fahne* [Bandera Roja] ilegal, volantes, etcétera). Ya de antemano resultaba claro que las organizaciones locales, pasado el estupor inicial, empezarán a moverse. El hecho de que el aparato de un partido tan grande, con tanto personal y dinero a su disposición, pueda publicar una cierta cantidad de literatura ilegal y semilegal no tiene nada de sorprendente. Pero debemos repetirlo una vez más: el PC alemán no tiene un aparato clandestino ligado a las masas. Lo que tiene son los restos de una vieja organización que, por voluntad de Hitler, se encuentra en la clandestinidad, que no es lo mismo. Si el PC alemán sigue activo se debe a que Hitler recién comienza su tarea de verdugo y a que la reacción todavía no penetró profundamente en el partido. Pero ambos procesos están planteados y se desarrollarán de manera paralela, nutriéndose y acelerándose recíprocamente.

Un partido comunista clandestino necesita gente seleccionada, que comprenda la magnitud de la catástrofe y tenga una perspectiva clara y confianza en su programa. La selección de dichos elementos sólo puede hacerse en base a una crítica implacable del pasado. El derrumbe de la organización de los estalinistas, de por sí inevitable hará surgir esos elementos y allanará el terreno a la creación de un partido revolucionario ilegal.

“Pero (responde uno de los camaradas alemanes) si bien es cierto que el partido está muerto *políticamente, organizativamente* sigue vivo.” Esta fórmula revela mejor que ninguna otra lo erróneo de la posición de mi adversario. Un partido políticamente muerto no puede tener una organización “viva”, puesto que la organización es tan sólo una herramienta de la política. Si el partido está muerto, debemos *hacer público este diagnóstico* y las conclusiones pertinentes, para que todos los trabajadores lo sepan. ¿Qué parte de la vieja herencia pasará al patrimonio del partido nuevo? ¿En qué forma se efectuará esa transferencia? ¿Cuáles serán las etapas del desarrollo del partido nuevo? ¿Cómo serán las relaciones entre los constructores y los restos de la organización vieja?,

son todos interrogantes de gran importancia, cuyas respuestas dependerán de la marcha de la situación en su conjunto. Pero para que esas respuestas no sean falsas ni ilusorias debemos partir de un hecho establecido irrevocablemente por la historia: el partido estalinista está políticamente muerto. No podemos permitirnos ambigüedades ni engaños; sólo servirían para desviarnos de nuestro camino.

El mismo camarada escribe: “La consigna de *reforma* carece de significado, puesto que ahora no sabemos qué reformar ni cómo hacerlo; pero también nos oponemos a la consigna de *partido nuevo*, puesto que para nosotros todavía no está sellada la suerte del partido viejo”. Este camarada, a pesar de ser inteligente y buen observador, acumula una contradicción tras otra. Si el partido está “muerto políticamente”, quiere decir que su suerte está sellada. El aparato no lo hará resucitar; la experiencia demuestra que un aparato puede matar a los vivos, pero no resucitar a los muertos. Si la consigna de reforma del partido viejo “carece de significado”, no queda otra que la de partido nuevo.

Lo que más asusta a los adversarios es la relación de fuerzas: los bolcheviques leninistas proclamamos la muerte de una organización grande, que todavía es capaz de publicar diez veces más literatura, disponer de fondos mil veces más grandes que nosotros. Sin embargo, proclamamos un “partido nuevo” en nombre de la pequeña Oposición de Izquierda. Plantear el problema de esta manera es demostrar que se está totalmente imbuido del fetichismo aparatista. Hoy, como ayer, nuestra principal tarea es la de formar cuadros. Pero éste es un problema político, no meramente organizativo: los cuadros se forman en base a una perspectiva definida. Volver a insuflar vida a la consigna de reforma del partido significaría proponernos conscientemente un objetivo utópico y, por consiguiente, condenar a nuestros cuadros a sufrir desilusiones cada vez más agudas. Con esa política la Oposición de Izquierda se convertiría en apéndice de un partido en descomposición, y desaparecería de la escena junto con él.

Uno de los adversarios concuerda con que el partido viejo está liquidado y hasta reconoce en esencia que la creación de un partido nuevo es inevitable; no obstante, trata de retardar el proceso. Sus argumentos pueden sintetizarse de la siguiente manera: sólo el diez por ciento de los militantes, los más valiosos, poseen un espíritu crítico y nos escuchan; el noventa por ciento restantes, principalmente militantes nuevos, todavía no comprende los errores del partido. De allí resulta que debemos explicar a ese noventa por ciento, paso a paso, qué ha ocurrido, y a partir de allí iniciar la construcción de un partido nuevo. Este es un enfoque propagandista abstracto, no político (en términos filosóficos: un enfoque racionalista, no dialéctico) del problema.

Sería magnífico poder llevar a una gran escuela al noventa por ciento de los jóvenes comunistas y dictarles un curso completo. Pero, desgraciadamente, este noventa por ciento ya asiste a la escuela de Hitler. Hoy han roto parcialmente no sólo con el partido sino también con la política en general. Una parte se pasará al fascismo; otra, más numerosa, caerá en la indiferencia. Estos procesos se desarrollarán en el curso de las próximas semanas y meses; la contrarrevolución, igual que la revolución, actúa rápidamente. Bajo la influencia de la descomposición del partido, del reflujo de las masas y de la esterilidad política del aparato, los mejores elementos del partido se preguntarán a sí mismos y preguntarán a los demás: ¿qué hacer? En esta situación, presentarles la consigna de “reforma” sería burlarse de ellos. En momentos de gran crisis no debemos partir de los cambios que se operan en el estado de ánimo de la base del partido sino de los cambios objetivos que se producen en la situación política. Muchos de los comunistas que todavía temen romper con la burocracia mañana nos culparán de engañarlos, de mantener la ficción del viejo partido; se alejarán de nosotros para pasarse al bando de los brandleristas o de los anarquistas. Se dice que los brandleristas ya llamaron a la creación de un partido nuevo; eso revela que, si bien son oportunistas, son políticos. Si nosotros,

con nuestro programa revolucionario, actuamos como doctrinarios, los políticos oportunistas nos barrerán siempre.

Desde el punto de vista *práctico*, ¿cómo serán nuestras relaciones con la organización estalinista alemana en el próximo período? Este es, naturalmente, el problema que más preocupa a nuestros camaradas. ¿Debemos romper con las organizaciones locales del partido viejo?, preguntan nuestros oponentes. No, eso sería absurdo. Tenemos que captar a los revolucionarios de todas las organizaciones obreras, principalmente de las células del partido viejo, en la medida en que éstas sigan existiendo. Cuando la Tercera Internacional proclamó su ruptura total con la Segunda, ello no les impidió a los comunistas seguir trabajando durante largo tiempo dentro de los partidos socialdemócratas e inclusive ganar a la mayoría del partido francés y a su periódico, *L'Humanité*. Nuestra política de un partido nuevo, ahora más que antes, no puede ni debe impedirnos trabajar en las células del partido viejo.

Veamos otra objeción: la consigna misma de partido nuevo pondrá a la base en contra de nosotros. Es posible que se produzcan conflictos. Pero en el pasado ya los hubo, a pesar de que la consigna era “reforma”. De todas maneras, no debemos dudar que las células activas del partido viejo dedicarán más tiempo al problema de las relaciones con su propio comité central que al de nuestras perspectivas. En este terreno podemos suponer que se producirán conflictos cada vez más agudos. El comité central defenderá a Stalin y se defenderá a sí mismo; ése es su objetivo principal. El obrero comunista exigirá respuestas honestas y perspectivas claras. Mientras hablábamos de reforma no llamábamos a romper la disciplina. Ahora la situación cambió drásticamente. En las reuniones de célula propondremos que se ponga fin a la distribución de la literatura oficial, que no vale nada; que se boicotee al aparato, que se rompa con el comité central. Se entiende que lo haremos con tacto e inteligencia, teniendo en cuenta el nivel de cada célula y las circunstancias. Pero nuestra línea principal será la de partido nuevo. Y debemos estar seguros de que, a pesar de esta línea, dada la situación de ilegalidad, nuestras relaciones con las células revolucionarias serán infinitamente más amistosas que en el período anterior, cuando sólo queríamos ser fracción.

Tampoco debemos olvidar que el problema no atañe únicamente al PC alemán. Es muy probable que, del derrumbe político de la socialdemocracia, surja un nuevo partido “independiente”. ¿Podemos suponer, siquiera por un instante, que el aparato estalinista será capaz de atraer a la socialdemocracia de izquierda, o por lo menos de influir sobre ella de manera revolucionaria? Esa posibilidad está excluida de antemano. Su ultimatismo, así como su pasado al que no quieren ni pueden renunciar, obligará a los estalinistas a frenar el desarrollo de la oposición socialdemócrata, a desempeñar el papel de espantapájaros al servicio de Wels. También este factor coloca imperiosamente a la orden del día la perspectiva del partido nuevo.

Tras la mayor parte de las objeciones políticas y lógicas subyace una posición implícita, de tipo sentimental: el aparato estalinista sufre los golpes del fascismo; muchos camaradas valientes y abnegados empeñan todas sus fuerzas para salvar la organización; en tales circunstancias, ¿es lícito desalentar a los combatientes? Este argumento encuentra su mejor expresión en las siguientes líneas de un poeta ruso: “La ilusión exaltada es, para nosotros, más preciosa que la negrura de la amarga verdad”. Pero la filosofía de Pushkin no es la filosofía de Marx. Cuando a principios de siglo combatimos las ilusiones pequeñoburguesas y el aventurerismo de los socialrevolucionarios, muchas buenas personas, no sólo *narodniks*³ sino también de nuestra organización, rompieron

³ Los *narodniks* (populistas): movimiento de intelectuales rusos que realizaron actividades políticas entre el campesinado entre 1876 y 1879. Luego se dividieron en dos alas, una de las cuales, de tendencia anarquista, fue aplastada tras el asesinato del zar Alejandro II en 1881. La otra volvió a separarse: un sector,

indignadas con la *Iskra*⁴ leninista, que, vean ustedes, se permitía criticar implacablemente al terrorismo cuando los terroristas morían a manos del verdugo. Nuestra respuesta era: el fin que buscamos con nuestra crítica es precisamente arrancar a los héroes revolucionarios del terrorismo individual para llevarlos a la senda de la lucha de masas. Lo único que el aparato ilegal, apéndice de Manuilsky-Stalin, puede traerle al proletariado alemán son nuevos infortunios. Debemos decirlo abiertamente y sin demora para impedir que cientos y miles de revolucionarios despilfarran inútilmente sus energías.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

dirigido por Plejánov, evolucionó hacia el marxismo mientras que el otro fue el precursor del Partido Social Revolucionario.

⁴ *Iskra* (La chispa): nombre del periódico del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, publicado en el exterior por marxistas exiliados. Lenin estuvo entre sus fundadores y directores y orientó políticamente la publicación hasta la ruptura de 1903; a partir de entonces fue copada por el ala menchevique.